

Mesa redonda sobre el nuevo gobierno en Estados Unidos

La llegada al poder del Gobierno de Barack Obama en Estados Unidos no solo ha dado lugar a grandes expectativas en la población de ese país sino que ha originado en el público informado y en los analistas grandes interrogantes acerca del significado de su elección y de las proyecciones políticas y económicas que ella ha de tener para el mundo en general y nuestra región en particular.

Consciente del interés de examinar estas expectativas y cambiar ideas sobre los posibles escenarios futuros, la revista Estudios Internacionales organizó una mesa redonda a la que invitó a un número reducido de especialistas. La reunión tuvo lugar el 6 de enero de 2009 en el Instituto de Estudios Internacionales.

La revista agradece sinceramente a Hernán Felipe Errázuriz, Joaquín Fernandois, José Morandé, Joseph Ramos, Walter Sánchez, Luciano Tomassini e Ignacio Walker, que estuvieron dispuestos a ceder parte de su tiempo para participar en la reunión. Esta se organizó en dos partes: en el curso de la primera, cada uno de los participantes realizó una exposición sobre sus impresiones en torno al tema de la convocatoria y en la segunda, que por motivos de tiempo debió abreviarse, se planteó una discusión libre.

A continuación, Estudios Internacionales presenta una reseña de las opiniones expresadas, por orden de intervención.

Joaquín Fermandois

(Historiador, profesor de la Pontificia Universidad Católica)

Efectivamente esta elección se presta para hacer una comparación con la época del New Deal debido a la crisis económica y por la novedad que representa Barack Obama. Además pocas veces se ha dado esta visión mundial de crítica a una administración junto con las expectativas que plantea el nuevo presidente. En 1932 no existía algo parecido al rechazo, por buenas y malas razones, a la administración Hoover como la que hoy existe a la de Bush. Creo que lo que se ha comprobado hasta el momento es que Barack Obama pertenece al *mains-tream* americano, no se trata de alguien marginal. Me parece que no puede hablarse de una revolución política, quizá de una revolución política menor incluso que la que produjeron Roosevelt o Ronald Reagan.

También habría que sostener, en relación con América Latina, que según la tradición, tal como la han interpretado los latinoamericanos desde Roosevelt en adelante, los candidatos demócratas representan una renovación de la política regional. Como en el caso de Roosevelt, que inauguró la política del Buen Vecino, supuestamente pro América Latina, que dejó una gran impronta. Sin embargo, pese a que en 1945 muere Roosevelt y la política del Buen Vecino perdió intensidad, muchos de sus aspectos prácticos se mantuvieron. Cabe agregar que esa política fue iniciada por los republicanos, cuando ya se hablaba del antiguo sistema, pero Roosevelt la convirtió en algo más destacado. Sin embargo, hoy se la asocia a Kennedy y Carter.

Otro elemento importante que debemos tener en cuenta con Obama, al menos como tal lo veo aquí, es que hay una serie de distorsiones tanto de cómo se ve desde afuera a los latinoamericanos, como respecto de cómo los norteamericanos, sean republicanos o demócratas, nos ven a nosotros. Por lo general, en este caso entiendo por distorsión a que se cree que los Estados Unidos pueden hacer mucho por América Latina. Leía un artículo que sostiene que el nuevo populismo tipo Chávez ha prosperado debido a que Bush no ha puesto la atención en nuestra región. Me parece que la situación no

tiene nada que ver con lo que hubiera o no podido hacer la administración Bush, ya que se trata de un fenómeno latinoamericano que tiene una larga historia y un futuro desgraciadamente importante. Hagan lo que hagan los Estados Unidos, la historia latinoamericana no va cambiar mucho.

¿QUÉ HA PASADO CON LA ADMINISTRACIÓN BUSH?

Creo que es uno de los productos de la época post-Guerra Fría que no sabe cómo definir la posición de Estados Unidos en el mundo. Partió con el aislacionismo de enero del 2001, muy manifiesto en relación al Medio Oriente, y después, apremiado, tuvo un papel más activo. Bush representa claramente la tradicional posición norteamericana en su rostro aislacionista, que no es que no lleve a cabo acciones globales, sino que define los intereses del país de una manera más bien estrecha, intranorteamericana. No lo hace desde la perspectiva de una potencia global en un mundo de tantas potencias y problemas que no domina, sino de la perspectiva de las grandes potencias, que siempre tienen que tener una definición más vaga, ligeramente más abstracta, de su llamado interés nacional y de alguna manera más generoso, incluso para poder llevar a la práctica sus intenciones.

Sobre el problema de Estados Unidos con América Latina. En primer lugar diría que no nos produce tensión; lo aberrante sería que nos diera mucha tensión permanente. Históricamente Estados Unidos ha mantenido una relación con Europa. Ya en el siglo XVIII la independencia tiene que ver con el entrelazamiento económico y político con Europa. En el siglo XX la relación incluyó a Europa Oriental y durante todo ese tiempo América Latina desempeñó un papel subordinado, esto es, secundario, y no podría haber sido de otra manera. Otra cosa es señalar que Estados Unidos tiene políticas cambiantes y cada vez proclama un nuevo conjunto de grandes principios aplicables a América Latina, para olvidarse del tema una y otra vez. Hay que añadir que la relación tradicional de Estados Unidos con el mundo y América Latina ha desempeñado un papel importante cuando ha existido un factor de crisis. Es el caso de la Quinta Columna durante la Segunda Guerra Mundial; el tema del comunismo, de Guatemala, Cuba y Chile son momentos de crisis por más que la relación con Estados Unidos haya sido «normal».

Estados Unidos necesita una política más estable hacia América Latina. Al respecto, hay temas tradicionales como el fenómeno comercial, el papel que desempeña la democracia y cómo traducirlo en forma concreta en las relaciones interamericanas. Haciendo una breve enumeración de los principales puntos de estas relaciones, se observa que en ellas hay temas de largo plazo que determinan la política concreta y preocupan al Departamento de Estado, al Departamento del Tesoro y al Departamento del Interior norteamericanos.

Dos temas se destacan por su importancia: el narcotráfico y la inmigración. Respecto de este último, se llegó a una especie de acuerdo que fue difícil para John McCain, que estuvo en contra del grueso de los republicanos. Es un tema importante para los latinos americanos, aunque lo interpreto en el sentido de que es deseable que Estados Unidos no deje de ser Estados Unidos. Este país, debido a la inmigración «hispanic», irá poniendo atención creciente en América Latina, porque también será un tema de política interna.

En cuanto al narcotráfico, no tengo cifras y no sabría decir si ha aumentado porque en términos generales la política actual ha fracasado, aunque algunos dicen que se detuvo la curva de aumento del consumo en Estados Unidos. que es el principal mercado consumidor. En Estados Unidos el consumo sigue siendo alto, pero habría que revisar los niveles porque es una de las causas de gran impacto en la criminalidad y factor importante en las relaciones internacionales. Un fenómeno arcaico que vuelve a darse a comienzos del siglo XXI es el de la piratería, y que me interesa de manera especial como historiador ya que parece dominar en parte del mundo.

En lo que respecta al libre comercio, diría que Obama no va a impulsarlo pero tampoco va a echar pie atrás sobre lo hecho hasta ahora, salvo que haya una hecatombe económica como la actual, que lo mueva a orientarse en cualquier dirección, desde el proteccionismo al «sálvese quien pueda» o, es de desear, a superarla por reglas del juego más universales y de mayor integración.

Me parece que el único caso en que habrá cambios es el de Cuba, ello por la fuerza de las cosas y no porque vaya a producirse un cambio específico en la Casa Blanca. Creo que en muchos miembros del Departamento de Estado hay clara

conciencia de que se trata de un problema de política interna y que en esto la política Estados Unidos ha sido totalmente irracional. A mi juicio, desde el punto de vista del interés norteamericano, no puede convenirle que aparezca un Estado fallido; para Estados Unidos podría ser más favorable un Estado eficiente, como el modelo chino. El «camino chino» para Cuba, es difícil, por la historia latinoamericana, donde los autoritarismos, salvo el modelo de dictadura totalitaria, no tienen larga duración.

En cuanto al llamado neopopulismo tipo Chávez, Morales, o Correa, que está en boga en América Latina y que puede aumentar: no sabemos si ha llegado a su límite o va a seguir así. Hay que reconocer que la administración Bush adoptó una actitud relativamente sofisticada. No lo enfrentó directamente, no aplicó un plan de lucha, esperaba que se desgastara, pero es un fenómeno al que hay que prestar atención. Los Kirchner querían ser como Chávez, pero Argentina, que es uno de los países más desarrollados de América Latina, no lo permite porque su sociedad es altamente consolidada, aunque el Estado y la política argentinos viven de crisis en crisis. Hagan lo que hagan los Estados Unidos, Chávez no tendría ningún incentivo para cambiar el Estado que alimenta la posición antiamericana, que es núcleo de su discurso y, como en el caso de los Castro, es parte de su fuente de poder.

Brasil es un caso diferente dentro de América Latina, que puede significar un nuevo tipo de desafío para Estados Unidos: es competitivo y colaborativo. Su tradición de los últimos 30 años comenzó durante el gobierno militar. El problema de Brasil, como el de las potencias emergentes de América Latina es que se ha de mantener y forma parte de la marcha de América Latina hacia la consolidación. Le queda mucho sin embargo. Tiene la enfermedad de muchas potencias emergentes, que son dos países en uno; un Brasil desarrollado y otro sumido en la pobreza, la violencia, la frustración. Su Estado, sin embargo tiene la coherencia que falta en otras partes de América Latina. Habría un campo de colaboración inteligente entre Washington y Brasilia.

Walter Sánchez

(Académico, Director de la Escuela de Postgrado, Instituto de Estudios Internacionales)

Querría comenzar señalando que la campaña por la presidencia de los Estados Unidos estuvo centrada en fuertes personalidades, sin tanto debate sobre temas fondo. Ambos candidatos mostraron fortalezas sobresalientes. Mc Cain dobló la popularidad de Bush y obtuvo una votación popular cercana al 50%; no se dio una avalancha pro Obama en las urnas, pero como nunca los demócratas tienen mayoría legislativa y en varios otros niveles.

En cuanto a la persona de Obama, hay que destacar que posee un ADN inédito, propio de un ícono de la globalización por ser un candidato multiétnico, multicultural y multinacional. Organizó una maquinaria electoral que puso en sintonía con su mensaje a una mayoría de minorías marginadas que se vieron encantadas por su mensaje esperanzador y suficientemente ambiguo: el cambio es posible... yes we can... Este mensaje fue una verdadera bomba mediática que en parte explica su victoria en las urnas.

En el futuro, Obama deberá demostrar que es capaz de conciliar esa promesa de cambio, que es la más grande del siglo, después de los proyectos de Roosevelt y Johnson. Deberá evitar que la tiranía de los grupos fácticos derrumben sus buenas intenciones, como ocurrió con Jimmy Carter. Para sus opositores, volver a subir los impuestos y agrandar el tamaño del Estado es derrochar dinero para alimentar «al gran gobierno», ese ogro benevolente, donde la Tesorería del Gobierno reemplaza a los bancos privados. El plan de rescate a la banca sería una ayuda a quienes provocaron la crisis, esos reguladores ausentes y especuladores corruptos. Más dinero para el Estado y el gobierno es algo obsoleto en lo ideológico e ineficiente en lo técnico.

En cuanto al eventual liderazgo político de Obama, deberá demostrarse con hechos. Un gran candidato no es necesariamente un buen gobernante. Al respecto, tiene 100 días para formar su equipo y no es fácil reunir personas competentes, leales al presidente y que compartan sus sueños. A su vez, los

ataques de la prensa son certeros y ya han derribado a varios de los designados por razones que van desde el no pago de impuestos a otras transgresiones.

Al respecto, la designación de Hillary Clinton, que tiene el roce internacional de que Obama carece, es señal de debilidad. O bien, puede haber sido parte de una gran transacción para lograr el apoyo de los Clinton y sus influyentes cuadros en la política de Estados Unidos. En ese cargo clave ella seguramente se lucirá y podría dañar el natural deseo de Obama de ir a la reelección. Pero para Obama era vital el apoyo del clan Kennedy y de los hombres del presidente Clinton, ex funcionarios con experiencia y de eficiencia ya probada. Esa moneda de cambio hará difícil zafarse de la red de redes que controlan los Clinton y que tiene gran influencia en los empresarios, el Congreso, la judicatura y los medios de comunicación, por lo que podría crear tensiones y descoordinaciones en su propio equipo. En el escaso tiempo transcurrido se han visto varios casos como el de Bill Richardson y pueden venir otros. Por su parte, el peso de Joe Biden, su Vicepresidente, como nuevo sheriff de Washington, y la señal que envió con su viaje a Alemania demuestran que el Presidente es el comandante en jefe y el único responsable de la política exterior del país.

Las causas de la crisis financiera y las sombras que proyecta no surgieron de improviso y no desaparecerán de un día para otro. El déficit legado por la administración Bush es inédito. Por ello Obama logró convencer a muchos que era necesario una multimillonario plan de rescate, para cuya aprobación incluso trabajó con su ex - contendor republicano, de modo que apareciera como un plan país, bipartidista. El proyecto de ley de recuperación económica, que fue presentado en un histórico discurso ante la sesión conjunta del Congreso el 25 de febrero 2009, es el plan mas ambicioso que haya conocido ese país después de la gran depresión.

La caída de las casas matrices de los grandes bancos de inversión de Estados Unidos han tenido tantas secuelas como la de las Torres Gemelas el 11/9. Su sombras seguirán proyectándose porque tiene raíces no económicas, entre ellas el legado de la era Bush en que el gobierno estuvo ausente y la exagerada desregulación. Hay señales de la disfuncionalidad

del sistema político norteamericano para adoptar políticas de Estado más allá de los intereses federales y grupales.

En determinado momento, la poliarquía de los Estados Unidos fue un éxito, en el sentido de que la «mayoría de minorías» abrió ventanas de participación y de representatividad a los ciudadanos en el manejo de lo público y en las cosas que les interesaban. Fue una etapa de la democracia norteamericana por la cual muchos países en desarrollo aún no atraviesan, pero instrumentalizada por poderes fácticos esta poliarquía se ha prestado para abusos por los más organizados y muestra fatiga de materiales. Es un sistema político en el cual esta mayoría de minorías organizada, ya sea de banqueros, empresarios, Wall Street, ambientalistas o cualquier otro grupo que tenga un lobby eficiente, abusa de lo que se ha denominado «gobierno ciudadano». Esa descontrolada acción de las minorías crea dificultades enormes al gobierno central, al gobierno federal, y dificulta la gobernabilidad.

Por ahora, el liderazgo juega en favor de Obama y Estados Unidos, en especial por los errores de su predecesor y porque logró que los norteamericanos recuperaran un sentimiento de dignidad y esperanza, y la crisis se transformó en una oportunidad para llamar a la unidad nacional y despertar el ánimo renovador que la sociedad necesitaba. Si bien Obama tiene carisma de sobra para abordar la tarea, como todo líder necesita un anclaje social, controlar la redes de redes: del sector empresarial, de los medios, de su partido, de los poderes legislativo y judicial, de la alta burocracia. A la nueva administración le será difícil romper esta ley de hierro de las oligarquías que en las democracias se entronizan en el poder.

Por estos motivos, la otra dimensión de la crisis financiera tiene raíces no económicas. Hay que explicar de qué se trata esa fatiga de materiales en esta democracia que ha funcionado varios siglos sin interrupciones. Se observan círculos viciosos del poder, signos de disfuncionalidad en el sistema político para resolver los problemas de tipo nacional. Las propuestas de Obama en temas de energía, medio ambiente, salud, educación pueden crear un pulpo de burocracias, intereses creados e impuestos que pueden engordar a ese ogro filántropo. Quizás ello explicaría por qué en los sectores de seguridad y defensa Obama es continuista y aún no se libera de las ataduras de la era Bush.

El liderazgo de Obama se ha reflejado en la recuperación de la legitimidad internacional de Estados Unidos, que beneficia a las corrientes y fuerzas políticas que son dueñas del país.

Con Obama en el poder se hará realidad lo señalado por Fareed Zacaria: «Tenemos que acostumbrarnos a vivir en un mundo posamericano ». Al respecto, recordemos que en una oportunidad Condoleeza Rice le preguntó a Sarkozy qué podían hacer los Estados Unidos por Francia y el Presidente francés le respondió «lo que puede hacer Estados Unidos por Francia es recuperar su legitimidad». Sin comentarios. El déficit de imagen de Estados Unidos es peligroso. En Bush se veía el ícono del poder militar y económico, es decir, de un poder duro; con Obama, el poder será blando pero duro a la vez, firme pero persuasivo, más multilateral que unilateral.

En todo caso, no conviene hacerse demasiadas ilusiones. Hay que recordar que las promesas de cambio hacia América Latina del Presidente Kennedy quedaron enredadas en los laberintos del Congreso y el Pentágono.

Al iniciar su administración, Obama camina en la dirección correcta. El problema es que más allá de una mejor imagen mediática es preciso aplicar políticas multilaterales, es decir, pasar de una diplomacia unilateralista y de una doctrina de defensa de la intervención preventiva a una que podría llamarse de «multilateralismo a la carta». Se seleccionan ciertos temas comunes, por ejemplo, medio ambiente, energía, educación, salud, derechos humanos, democracia y se crean regímenes internacionales especiales dotados de mecanismos de regulación multilaterales, pero en forma muy solapada se perpetúan las relaciones asimétricas y de dependencia. Se seleccionan los temas y grupos de países que son más cercanos al modelo de desarrollo de Estados Unidos y se coopera con aquellos con los cuales haya una mayor identificación ideológica.

Luciano Tomassini

(Cientista político, profesor de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, FLACSO)

Yo trataría de no centrarme en la persona del presidente electo, tal vez influido por una declaración que escuché por radio esta mañana en cuanto a que en Chile las campañas se hacen en torno a un hombre, por lo cual no hay una identificación de agenda ni de programa para el progreso. Creo que en este caso la situación en que está Estados Unidos, la agenda que tiene por delante es más fuerte que Obama, aunque creo que es un personaje admirable para estas circunstancias.

Tal vez lo primero que diría es que hoy como nunca se aprecia un divorcio o un contraste entre la visión tradicional que tienen los Estados Unidos del mundo y las circunstancias reales en que está sumergido. ¿En qué sentido? Su visión internacional o su autodefinición dentro del mundo ha sido como país aislacionista, dotado de un destino manifiesto. Primero, como país aislacionista, en segundo lugar, como país que enarbola la bandera de la democracia y en tercero, como potencia mundial. Hay dos libros que leí hace tiempo que son muy ilustrativos, que son los últimos que conozco de Zbigniew Brzezinski, analista muy brillante, que gozaba de mucha popularidad. Uno de ellos se llama *El gran tablero de la política mundial* y el otro algo así como *El dilema de los Estados Unidos*, en que aplica todas estas premisas discutibles respecto de los Estados Unidos. Visualiza la política como un tablero en el que compiten actores. Define estos actores como actores nacionales, mediante una hipóstasis que los convierte en personas. En el primero de sus libros nos vemos como una serie de soldaditos de plomo que son Bélgica, Holanda, la India, China, lo que no corresponde a la realidad. Su peso lo define como un concepto de tipo tradicional del poder.

Las premisas tradicionales a qué nos llevan. A repetir errores, como dar una importancia aplastante al concepto de seguridad nacional cuando años después el problema financiero sería clave; a una lectura siempre equivocada de la globalización; a considerar a Europa –su aliado, como dijo Joaquín–, como un puente democrático hacia Eurasia; a poner todo el futuro en una audacia. El error, que repite muchas

veces en ambos libros, es definir siempre a China como una potencia regional. Hay una frase que encuentro notable, que alude a la seducción cultural de Europa hacia el mundo. Es como la seducción que puede ejercer una señora de 70 años parada en una esquina, como la seducción cultural de Europa hacia el resto del mundo.

Como lo señaló un viejo analista, lo que sucede con Estados Unidos es su autodefinición de sí mismo, sus premisas y la categoría de que está imbuido. Ahora, en esta realidad tropieza en primer lugar con las potencias emergentes. La pista nos la da el propio Brzezinski cuando reitera que China es una potencia regional. Porque China no lo es desde hace mucho tiempo. Había que darle un mínimo de tiempo para apreciar que es una potencia global no suficientemente fuerte, pero de todos modos global. Cuando Mao Tse Tung asumió el poder en China, el presidente Bush padre lo saludó por haber recobrado –no sé desde cuándo– la libertad, la independencia y la democracia. Fue un saludo prematuro. Ahora, sin embargo, China ha logrado una recuperación tecnológica y económica gigantesca. Teniendo el fardo de un sistema bancario estatizado, lo ha administrado bien; ha flexibilizado un derecho de propiedad de las personas a su vivienda que antes no existía: el instrumento hipotecario, que en Estados Unidos fue el comienzo de la crisis. En fin, ha logrado avances inimaginables hace 30 años.

Hace 30 años, por ejemplo, me encontraba allá una temporada que terminó en Shanghai, donde entre otras cosas me llevaron a ver una acería, en la cual ese año estaban cambiando la tecnología alemana por una más moderna japonesa, lo que significaba desplazar a unos 2.500 ingenieros alemanes de dos grandes hoteles que habían construido para que ellos se quedaran varios años, por unos 3.500 ingenieros japoneses. En ese momento estaban construyendo una residencia para ellos. Pues bien, hacer la transición, no para inventar la tecnología del acero, tenían que tener ya una capacidad tecnológica de largos años. La India también tiene enormes ventajas en lo tecnológico, pero tiene la desventaja de la pobreza, ya que el 80% de la población está dedicada a la agricultura, que solo aporta el 18% del producto.

Rusia es un problema que Estados Unidos no se imaginaba, no tanto en el sentido de que tenga una gravitación militar o nuclear muy fuerte –ahí están los fierros de la potencia nuclear, amontonados en ambos países y en otros más–, sino sobre todo por el desorden que crea en la política mundial, como lo demuestra el ataque último a Georgia. Pero en general, han renacido todos los hábitos soviéticos, bajo una economía que realmente se encamina hacia el capitalismo y un sistema que quiere mantener una apariencia de democrático, pero le cuesta cada día más hacerlo: con formas camufladas de conservar el poder –como Putin, que primero fue jefe de Estado y ahora primer ministro–, sin oposición, sin crítica en la prensa, con una vuelta a las grandes paradas militares y a los grandes símbolos del poderío ex soviético, con una apuesta por el liderazgo mundial, a todo evento. La Federación de Rusia en este momento es un problema para Estados Unidos, de no alineación y de aspiración a ocupar un liderazgo mundial.

Finalmente, dentro de este marco en que se encuentran los Estados Unidos y por lo tanto el presidente Obama, yo pondría en primer lugar la crisis financiera –que desató Estados Unidos, ciertamente– cuyas causas inmediatas están a la vista, el exagerado consumo de los norteamericanos durante toda la posguerra y particularmente en los últimos 30 años; la magnitud del gasto en bienes de consumo durables, vivienda, automóviles, etc.; las garantías hipotecarias que permitieron que las personas se endeudaran por 30 ó 40 años para adquirir los bienes. A ello hay que agregar una industria bancaria extremadamente sofisticada –como lo es en todo el mundo– que convirtió estos valores o estas garantías en toda clase de títulos derivados. Tantos derivados o derivados cuantos mercados podían crear para utilizar estos instrumentos una y otra vez. Y en cada pasada por uno de estos mercados, a través de alguna intermediaria financiera –muchas inventadas en estos últimos años– se desvalorizaba más su garantía y su valor. Esta es la causa aparente, como lo estamos viendo todos los días en la prensa.

Ahora, entre las causas más distantes. A mi juicio, al respecto hay que mencionar el cambio de la cultura protestante de Estados Unidos –del apego al trabajo firme, a la sobriedad, a la igualdad– que ocurrió con el *baby boom*, con la prosperidad después de la Segunda Guerra Mundial, con la riqueza y el cre-

cimiento del país, que alimentó a una generación de gastadores, una generación cómoda y muy bien educada, parte de la cual, los MBA, se hicieron cargo de las empresas norteamericanas y se sintieron omnipotentes para innovar sus instrumentos, especialmente financieros, y las llevaron a la quiebra. Este es el tipo de fraude que veo como fuertemente cultural. Es una situación que ha evolucionado a lo largo de más de 50 años, de tal manera que veo difícil el remedio. Todos sabemos que cuando Estados Unidos estornuda y tiene una crisis de energía, al mundo le da pulmonía. Los norteamericanos gastan 9 billones de dólares al año en comparación con la población china, tanto más numerosa, que gasta un billón. Los Estados Unidos representan el 25% del producto mundial; como decía Manfred, al término de la Segunda Guerra Mundial la cifra superaba el 40%. Pese a que se ha limitado, tiene hábitos sociales de gran potencia, como su extraordinaria expansión militar. Está dispuesto a intervenir en cualquier país que le moleste o que se salga de la línea, con costos imprevisibles, como en Viet Nam, Afganistán, actualmente Irak y en el futuro, por qué no, Pakistán.

Bueno, estas son las condiciones en que va a tener que gobernar Obama. Me parece muy rica la especulación sobre sus condiciones personales, pero creo que lo principal, como dijo Joaquín, es que pertenece a la elite, al *mainstream* norteamericano. No nos equivoquemos por el color de su piel. Pero así y todo, en este marco cultural en que están los Estados Unidos, lo veo más lúcido, más potente. Lo que no quiere decir que su liderazgo lo vaya a derrotar.

Ignacio Walker

(Abogado, ex Ministro de Relaciones Exteriores de Chile)

Obviamente, Barack Obama representa un cambio de época en todo sentido. Primero, en el aspecto económico. Él cuestiona la «economía reaganiana» que se inició en los años ochenta con esta idea de que «el Estado es parte del problema y no de la solución». Tengo la impresión de que eso se va a invertir y se está invirtiendo ya por la forma en que enfrenta esta crisis que es precisamente la contraria, esto es, que el Estado es parte de la solución y no del problema. En lo económico,

hay alguna semejanza con F.D.Roosevelt después de la depresión de 1930.

En términos de política exterior, obviamente la gran apuesta del mundo y de todo el electorado estadounidense es que haya un cambio: un cambio, justamente desde esta idea del unilateralismo, basado en este dudoso concepto de las guerras preventivas, hacia algo que se parezca a lo que llamamos «multilateralismo», aunque creo que todavía vamos a estar lejos de eso. Sobre todo porque creo que va a haber un cambio desde una postura bastante ideológica, como ha sido la política exterior del presidente Bush, hacia una política bastante más pragmática, con énfasis en los problemas de la democracia y el desarrollo.

Me explico. Recuerdo la reunión de la «Cumbre de las Américas» en Mar del Plata, en el año 2005. Yo era ministro de relaciones exteriores en ese momento y estábamos con el Presidente Bush, el Presidente Lagos y la Secretaria de Estado Rice en una amena conversación –las relaciones entre Chile y Estados Unidos han sido bastante buenas en los años de Bush, con la importante excepción del tema de Irak– y de repente el presidente Bush me dice: «Mire, si usted quiere entender la forma en que yo pienso, léase un libro de Natan

Sharansky, se llama *Freedom and democracy*. Todos sabemos que Natan Sharansky fue un disidente soviético, judío y actualmente un político en Israel. Escribió este libro *Freedom and democracy* –por supuesto que lo pedí por Amazon al día siguiente– cuya introducción, a mí por lo menos, me dejó absolutamente claro cuál era la motivación detrás de la política exterior de Estados Unidos. Sharansky dice, en dos palabras, que la política es el campo de confrontación entre el bien y el mal y «*there's no compromise on evil*». Es decir, hay ahí una forma de entender la política exterior que no es el aislacionismo tradicional –entiendo lo que quería decir Joaquín Fernandois– sino por el contrario, en la era Bush hubo una especie de mesianismo, una suerte de internacionalismo moralizante, de exportar la democracia, de imponer la democracia, basada por cierto en la idea de que no hay transacción posible con las fuerzas del mal. De ahí viene el concepto del «eje del mal».

Todos conocemos que esa historia está terminando bastante mal. Dentro de Estados Unidos, la posición del electorado ha sido bastante categórica en esa materia, y para qué decir en el mundo. Creo que ha celebrado la elección de Barack Obama, no porque tuviese expectativas exageradas –aunque todos tenemos expectativas de que aquí existe un cambio de política–, sino porque el sistema colapsó. Yo diría que en el interior, un tipo de economía bastante ideológico también y en política exterior una visión ideológico-religiosa que condujo a esta idea de la guerra preventiva basada en este unilateralismo que ejerce hoy Estados Unidos, que en cuanto potencia militar tiene una fuerza incontrarrestable. Su presupuesto anual es de 500 mil millones de dólares, que es la suma del presupuesto de las 10 potencias que le siguen en importancia. Entonces, evidentemente que como potencia militar, no hay país que lo supere. En lo económico, por supuesto que el tema es mucho más complejo. Creo que en este caso hay un poder como el estadounidense que es impugnado, que enfrenta un reto a mediano plazo. Evidentemente, China es la gran potencia emergente en el campo económico, pero hay que tener en cuenta los países del BRIC en general –Brasil, Rusia, la India, China–, el sur de Asia, Europa, que siempre es una potencia y que avanza y se consolida en el esquema de la Unión Europea.

Entonces, la verdad es que quiero pensar que terminó una era, que colapsó una forma de entender la política, entre ideológica y mesiánica, con raíz religiosa, bastante dicotómica, que distingue entre las fuerzas del bien y el mal y que apuesta al unilateralismo, a hacer efectivo este rol de Estados Unidos, que se resta de los grandes acuerdos internacionales: del Tratado de Kyoto en materia de cambio climático y calentamiento global de la tierra, de la Corte Penal Internacional, en fin, una larga lista. No ha sido precisamente el «multilateralismo» la característica de los Estados Unidos en la era Bush. Al contrario, arremetió con su gran fuerza contra las Naciones Unidas, contra el gran sistema multilateral que se creó después de la Segunda Guerra Mundial. Es decir, creo que Barack Obama encarna la esperanza de un cambio, también en este sentido y pienso que de alguna manera va a asumir los desafíos de una política menos ideológica, más pragmática, menos unilateral,

más multilateral, que busca socios para construir la paz y la seguridad en el mundo.

Al menos, creo que de alguna manera es lo que Obama ha insinuado respecto de América Latina. Ha llamado a construir una nueva Alianza de las Américas, de abajo hacia arriba. Esto de alguna manera está en el discurso que pronunció el 23 de mayo de 2008 en la Cuban American National Foundation, respecto de su política hacia América Latina, que a mi juicio ilustra bien lo que quiero decir en cuanto al giro desde el unilateralismo hacia algo parecido al multilateralismo, y que se expresa en el nombre de esta nueva alianza. Una especie de síntesis de Roosevelt y Kennedy –la Alianza para el Progreso de Kennedy– pero también lo que él llama las «cuatro libertades» de Franklin D. Roosevelt, esto es, la libertad política, cuando dice que hay que construir una alianza entre socios («*partners*») sin la «arrogancia de Washington» –son sus palabras– sobre la base de la diplomacia directa sin precondiciones, en que Estados Unidos busca socios para construir la democracia, el desarrollo, la paz y la seguridad. En segundo lugar, libertad del temor («*freedom from fear*»), que es el tema del desarrollo y del Estado de Derecho, que incluye referencias al caso de Colombia, y de la seguridad de la región. En tercer lugar, libertad de la necesidad («*freedom from want*»), contra lo que llama la «globalización de los estómagos vacíos», y por último, libertad religiosa. Son las cuatro libertades clásicas de Roosevelt, que apuntan a la democracia y al desarrollo en un cierto pie de igualdad, buscando socios y no súbditos para esos objetivos.

Entonces, creo que en Obama hay un cambio de énfasis muy importante, que es significativo también desde el punto de vista de la situación mundial en la posguerra fría. Desde el 11 de septiembre del año 2001 se había producido una suerte de involución con la arremetida del unilateralismo de Bush, basado en el concepto de la guerra preventiva. El «*showcase*» de esa política fue sin duda el tema de Irak, tan mal llevado, porque obviamente esta concepción produce más y no menos conflictos. Por lo tanto, creo que lo que cabe esperar de Barack Obama tiene elementos de continuidad –tiene a Robert Gates como Secretario de Defensa– y de cambio, junto con las complejidades y los límites de estos procesos de cambio.

Creo que también conlleva un cambio importante de énfasis en cuanto a un país cuya imagen internacional se encuentra absolutamente deteriorada.

Por lo tanto, en este mundo tan complejo de la posguerra fría, los Estados Unidos tienen la posibilidad de encarar los desafíos de este mundo global desde una óptica multilateral. Es decir, contribuir a generar reglas del juego; instituciones claras, estables y equitativas en temas como el cambio climático, la proliferación de armas de destrucción masiva, el terrorismo internacional, el crimen organizado y el narcotráfico, entre otros, que son grandes temas de la agenda global, en el entendimiento de que este mundo global requiere gobernabilidad. Cuando hablamos de crear reglas del juego, de crear instituciones, hablamos de hacer gobernable la globalización, y creo que ello corresponde mucho a la mentalidad de Barack Obama: cómo gobernar la globalización sin echar por tierra sus ideales, palabra que ocupa más que la palabra hegemonía, entendiendo que hay potencias emergentes y que hay temas que habría que repensar, porque hay una amenaza potencial muy importante como es el tema de Rusia que, a mi juicio, en general ha sido mal tratado desde el mundo occidental (Europa y Estados Unidos). Ojalá Barack Obama se dé cuenta de que la lectura que hace Rusia de esta era Bush, de estos últimos ocho años, y también la lectura que hace sobre la Unión Europea, es la de un país asediado. La ampliación de la Unión Europea, de la OTAN, el desmembramiento del Pacto de Varsovia, todo eso lo percibe Rusia realmente como una amenaza, así como la instalación de bases antimisiles en la República Checa y en Polonia, que es a todas luces una provocación innecesaria e inútil. En cuanto al tema de Rusia, creo que va a ser emblemático y habrá que ver cómo incorporar a Rusia en un diálogo más de iguales para construir este mundo multilateral. En cuanto a Irak, creo que va a cumplir su promesa de retirar las tropas en un plazo razonable. En el caso de América Latina, pienso que el tema de Cuba será emblemático y espero que sea visto no solo como un tema de política interna de Estados Unidos sino de política exterior y que también ponga nuevo énfasis en un cambio respecto de la región.

Joseph Ramos

(Economista, profesor de la Facultad de Economía de la Universidad de Chile)

A decir verdad, cuando comenzó la campaña de las primarias, casi dos años atrás, el tema económico no era central. Lo era, al menos para la candidatura de Obama, la guerra de Irak. Su postura contraria a la guerra y su compromiso de sacar las tropas norteamericanas en un plazo relativamente breve, junto a su figura carismática, prometía algo nuevo, algo distinto. Esto fue clave para ganarle a la senadora Clinton en las primarias. En cuanto a política interna, había preocupación por dos temas –lograr un sistema de seguro de salud universal, algo que aún faltaba en Estados Unidos, e intentar revertir la creciente desigualdad de ingresos que se dio bajo Bush. Eran preocupaciones clásicas del partido demócrata, pero para el país de ninguna manera significaban un cambio radical del sistema económico, como fue el New Deal de Roosevelt.

La crisis económica cobra fuerza durante 2008, y no es hasta la quiebra de Lehman Brothers en septiembre y el anuncio de un fuerte plan de rescate al sistema financiero que la economía pasa a ser tema dominante en la campaña. Y, por cierto, esto finalmente hundiría a McCain, aseguró la victoria de Obama y dio lugar a mayorías importantes del partido demócrata en ambas cámaras.

La crisis, cuya magnitud y extensión eran inimaginables hasta hace 6 meses, indudablemente alterará las prioridades del gobierno de Obama. Guste o no, hasta que se revierta, la crisis económica pasará a ser la primera prioridad del gobierno, incluso más que la política internacional, pese a los problemas que tiene que enfrentar: Irak, Afganistán, la proliferación nuclear (Irán y Corea del Norte) y el Medio Oriente. La administración de Obama se jugará su éxito según la rapidez con que logre revertir la crisis, y lo mucho o poco que pueda minimizar sus daños y secuelas.

Además, la crisis económica le da una oportunidad única al gobierno de Obama. En primer lugar, por la magnitud de los recursos que se han aprobado ya (los 800 mil millones de dólares del plan de rescate financiero de Bush). Son cifras

siderales, muy superiores a los costos de los programas sociales característicos, que antes eran vetados por considerárselos demasiado caros. Incluso superan los gastos en defensa! Después de este plan de rescate, cualquier programa parecerá un detalle. Eso significa que resultará mucho más difícil objetar los programas sociales que le interesan argumentando que son caros.

En segundo lugar, la crisis ha contribuido a desideologizar mucha de la discusión sobre mercado y regulación. No cabe duda que esta se ha desplazado hacia la regulación. Las circunstancias sencillamente lo requieren. ¿Cuál es el mejor tipo de regulación? puede ser materia de discusión, pero ciertamente hay consenso en que se necesita mayor regulación. Hasta prohombres defensores del mercado, como el ex Presidente de la FED, Alan Greenspan, insisten en ello, pues sienten que la autoregulación y la competencia son mucho menos eficaces de lo que pensaban. Por el contrario, reconocen que esta última suele inducir a la imprudencia. A su vez, los mercados son muy sensibles a las expectativas y estas se dan tanto a círculos virtuosos de confianza, conducentes a euforia y a burbujas, como a círculos viciosos de desconfianza, pánico y colapso, cuando se pincha la burbuja. Por cierto, esto caracterizó tanto la génesis como el desenlace de esta crisis.

La estrepitosa caída del sistema financiero ha desprestigiado el mercado poco regulado, de ahí que sin que Obama lo haya pedido él tiene un mandato ineludible para intervenir.

No se trata de que él, o su equipo, sean particularmente intervencionistas. Las circunstancias simplemente lo requieren. Mc Cain o el propio Bush, por mucho que fuera contrario a sus creencias, lo habrían hecho, pues no hay alternativa. El rescate financiero hasta ahora anunciado le ha dado al gobierno una enorme cantidad de acciones bancarias. No puede evitar intervenir, pues estas acciones le han dado el derecho efectivo a intervenir, es más, le obligan a intervenir. Además, el plan de rescate se ha implementado solo parcialmente y la ley le da extraordinario poder discrecional la autoridad en la materia. De ahí que cómo se implemente será decisivo en el desenlace. Por cierto, no todas las medidas de intervención servirán, y algunas servirán más que otras. Pero la libertad de acción que tiene actualmente la autoridad es inmensa. Bien

ejercida nos sacará de la crisis, mal ejercida puede demorar la salida, o complicar la posterior recuperación.

Por ser esta una crisis tan súbita e inesperada, no se sabe la posición exacta de Obama al respecto. No obstante, sus nombramientos en el equipo económico han sido excelentes. Se trata de los profesionales más ilustres y experimentados del país, que tienen pocas ataduras ideológicas. Por eso soy relativamente optimista respecto de su manejo de la situación.

Además, aparte del rescate del sistema financiero, que es indispensable para cualquier recuperación, hay consenso en que se necesita un fuerte estímulo fiscal para compensar la caída del gasto que está provocando la incertidumbre entre inversionistas y consumidores. Se habla ya de un paquete del orden de 775 mil millones de dólares. Y dada la magnitud de la crisis, es altamente probable que sea aprobado, pues nadie quiere que se repita la crisis de los años treinta.

De hecho, el único signo positivo en el cuadro económico generado por la crisis es la fuerte y agresiva acción fiscal y monetaria del gobierno norteamericano (así como de los europeos y de Japón). En efecto, a diferencia de los años treinta cuando el gobierno consideraba que su deber era aplicar la política como cualquier dueño de casa – a menor ingreso, menor gasto - lo que profundizaba la crisis, ahora todos los países han anunciado políticas fiscales anticíclicas de importancia. De nuevo a diferencia de los años treinta, cuando la Fed fue reacia a bajar las tasas de interés pues temía más un resurgimiento de la inflación que una recesión, actualmente la Fed ha bajado la tasa a cerca de 0 %.

Por cierto, otra cosa es que los actuales estímulos fiscales y las bajas de la tasa de interés sean o no suficientes para revertir la crisis. En efecto, contrarrestan la caída del gasto del consumidor y del inversionista, siempre que la desconfianza no sea aún mayor. Lamentablemente la economía tiene un componente impredecible que depende de la confianza y de las expectativas de los agentes económicos. Si su desconfianza es tal que el recorte del gasto es aun mayor que el gasto que inducirán estos planes, entraremos en recesión. Y la recesión será mayor mientras mayor la desconfianza de los agentes económicos. Además, el grado de desconfianza no es fijo: puede aumentar o disminuir en el tiempo. Sin embargo, dado

que con las noticias económicas internacionales ah empeorado continua y casi sistemáticamente en el transcurso del año ¿qué duda cabe que los agentes económicos habrán perdido cada vez más la confianza? con lo que habría sido un estímulo suficiente en octubre del 2008 tal vez no lo sea en enero del 2009.

Hasta el momento la mayoría de los economistas predicen una recesión modesta, de una caída del 1 al -2% en Estados Unidos. Esperan una baja de la producción de 6% en el cuarto trimestre de 2008 y una menor, tal vez de 3%, en el primer trimestre de 2009, para estabilizarse en el segundo y tercer trimestres y luego iniciarse una recuperación a fines de 2009. Si fuera así, sería una recesión moderada, tolerable. Pero esto es muy especulativo. La verdad es que no se ha tocado fondo aún y hasta ahora los pronósticos han quedado cortos respecto de la severidad de la crisis. Repito, lo único realmente positivo es que el gobierno (todos) están aplicando políticas monetarias y fiscales fuertes y agresivas para revertir la situación.

Es lo que hemos visto también en Chile. Las noticias internacionales evidentemente significan que Chile tendrá un 2009 cada vez más complicado. Pero lo peor no deriva de la fuerte caída del precio del cobre y demás materias primas que exportamos, sino de la incertidumbre que hace que tanto inversionistas como consumidores consideren que lo prudente es postergar el gasto. Y, como una profecía autocumplida, la prudencia de muchos tiende a generar el escenario que todos quisieran evitar: una recesión. Ya nos hemos enterado de que se ha suspendido la construcción de muchas viviendas privadas e inclusive de infraestructura comercial y productiva. Y en el último trimestre del año el gasto del consumidor se ha desacelerado a un ritmo de apenas 0,5% anual. De ahí entonces que Hacienda haya anunciado un importante plan de estímulo fiscal, del orden de 4 mil millones de dólares en dos años y el Banco Central haya comenzado una baja de la tasa de interés.

Como dije, Obama tenía una agenda económica, pero de mediano y largo plazo. Parte importante de ella era el plan de salud universal. Como este es costoso, me imagino que lo introducirá gradualmente para no imponer demasiadas exigencias a las arcas fiscales. En cambio, creo probable que anuncie la reducción de los impuestos al 95% de la población norteamericana, como fue su compromiso electoral, pues esta

medida, originalmente concebida para mejorar los ingresos de las clases medias respecto de la clase alta, apunta además en la dirección requerida en el momento de estimular la demanda. Sospecho que por la misma razón tiende a postergar el alza de los impuestos al 5% más rico hasta que la economía esté creciendo. Simplemente se trata de no renovar las reducciones que hizo el gobierno de Bush una vez que vayan venciendo, pues originalmente estas reducciones se aprobaron solo por cierto plazo y no indefinidamente.

Otro tema de gran importancia en el plano interno en Estados Unidos es la calidad del sistema educacional. Como saben, en esto se da una enorme heterogeneidad. Hay colegios magníficos, hay otros malísimos. De acuerdo con las mediciones internacionales, en promedio la calidad de la enseñanza primaria y secundaria de Estados Unidos es muy inferior a la de países como Checoslovaquia, Corea y otros de desarrollo intermedio. Obviamente no se trata de un problema de recursos, pues en Estados Unidos el gasto por alumno supera con creces el de esos países. Es un caso en que habrá que recuperar el límite entre gobierno y mercado y, posiblemente inclinarse más por el mercado (opciones y competencia) así como por mayores y mejores incentivos para los mejores colegios y profesores. Sin embargo, respecto de este último punto, tendrá que enfrentarse (negociar) con el Colegio de Profesores norteamericano, un sindicato fortísimo estrechamente relacionado con el partido demócrata.

En lo que a comercio se refiere, creo que bajo Clinton y Bush se firmaron muchos acuerdos bilaterales. Pese a que han sido apoyado por la gran mayoría de los economistas (incluyéndome a mí), no han contado con el apoyo mayoritario del Partido Demócrata. Obama ha mostrado sus reservas al respecto. Pienso que por filosofía así como por razones políticas él va a restarle énfasis a los acuerdos bilaterales y, en lugar de ello, impulsar a acuerdos multilaterales, como los que no se lograron en Doha. De lograrlo será un paso importante, pues a nivel multilateral hay mucho que queda por hacer, sobre todo en el ámbito agrícola. Además los acuerdos multilaterales solo crean comercio, no «desvían» comercio como los bilaterales (que favorecen a los socios a expensas de los demás) y, al parecer, despiertan menor resistencia política nacional.

En lo que se refiere a América Latina, no espero grandes anuncios o iniciativas. En efecto, tanto en el plano estratégico internacional como en el económico, América Latina no es de gran importancia para Estados Unidos. Por cierto, lo es México, como país vecino, de modo que queda por verse si se aprueban o no normas legales más liberales en materia de inmigración. Cuba es un caso aparte. Creo que se puede prever un relajamiento del bloqueo, pues este ya no es significativo para nadie, salvo para la comunidad cubana anticastrista de Florida. Por cierto, para bien o para mal tampoco es un tema trascendente para el resto del país, por lo que Obama tiene que cuidarse de no incurrir en costos políticos por temas que en su conjunto son secundarios. Por la misma razón, temo que el acuerdo bilateral con Colombia pueda peligrar. En definitiva, lo mejor que puede hacer Obama para América Latina en su conjunto es poner fin rápidamente a la crisis económica internacional. Mientras antes pueda resolverla, más rápidamente podrá la región retomar la senda de sólido crecimiento que finalmente retomó a partir de 2003.

Sobre todo, es importante que Obama aprecie que un gobierno que quiere hacer bien las cosas no puede tener más de dos o tres grandes prioridades, pues de lo contrario arriesga diluir su eficacia y hacerlo todo mal o en forma mediocre. Así que Obama deberá elegir bien sus prioridades. Debe evitar el error de Clinton, que inició su administración empantanándose y gastando mucho capital político al modificar la política de inscripción de homosexuales en el ejército. Independiente de los méritos del asunto, no era tema prioritario de su campaña ni de la nación. De ahí que Obama no puede invertir su capital político en temas secundarios. Tiene demasiados desafíos en política tanto internacional como nacional para meterse en ellos por problemas secundarios, por lo que sospecho que evitará iniciativas políticamente conflictivas en el Congreso respecto de América Latina, que para Estados Unidos es, tristemente, secundaria.

En cuánto a las debilidades que tiene Obama, y obviamente ha de tenerlas, a mi juicio la mayor duda, aparte de su inexperiencia, es que, por carismático e inteligente que es, se sabe poco sobre lo que realmente piensa. Con la importante excepción de su postura sobre Irak (oposición desde los ini-

cios), en los demás temas de importancia su postura coincide con la opinión mayoritaria del partido demócrata. El problema con esto es que los partidos norteamericanos son poco homogéneos. En casi cualquier tema al menos un tercio del partido opina lo contrario que la mayoría. Es raro, pues, que Obama parezca siempre coincidiendo con el pensamiento de los dos tercios en todos los temas, salvo Irak. Esto me hace pensar que sus posturas públicas eran para minimizar conflictos y ganar adeptos. Pero lo que realmente piense –sobre comercio libre, «welfare», educación y vouchers, reforma de la seguridad social, tamaño del gobierno, subsidios agrícolas, el Medio Oriente, cómo frenar la proliferación nuclear me es una incógnita, que solo el tiempo aclarará. Los nombramientos que ha hecho indican que es una persona moderada, sin agenda netamente ideológica, y deseoso de integrar lo mejor de las diferentes posturas ideológicas. Pero están por verse las iniciativas que adoptará en cada uno de estos temas.

Hernán Felipe Errázuriz
(Ex embajador de Chile en Estados Unidos, ex Ministro de Relaciones Exteriores)

Como se ha dicho varias veces, América Latina no es una prioridad para Estados Unidos: no es riesgo para su seguridad y no es decisiva para la solución de sus problemas internos y externos. Por distintas razones, solo México y Brasil son de un moderado interés para Norteamérica. En algún momento, probablemente con ocasión de la Cumbre de la Américas, en abril próximo, conoceremos la política de Obama para la región. Antes solo habrá manifestaciones de buena voluntad. En lo inmediato, el gobierno de Obama debe aclarar su estrategia respecto de las dos guerras que enfrenta, definir su rol mediador en el conflicto entre Israel y Palestina, buscar entendimientos con China y Rusia y promover la cooperación internacional para contribuir a resolver la crisis económica global. Después llegará el momento en que se preocupe de América Latina, siempre en un lugar secundario.

Cuando en Estados Unidos asume un presidente empieza la carrera por ver quién será el primero en visitarlo, si el presidente de México, los primeros ministros de Gran Bretaña y de Japón, los presidentes de Francia y de China u otros, y en eso nosotros vamos a estar al final de la cola. Probablemente, el hecho de que nuestro país mantenga estrechos vínculos comerciales con Estados Unidos, valores compartidos y estabilidad democrática y económica, podría darnos la posibilidad de una cita presidencial antes que algunos mandatarios latinoamericanos.

La gestión de Obama será muy distinta de la de sus predecesores: pienso que será mucho más pragmático. Probablemente deje un poco de lado ese condicionamiento hacia la democracia que aplicaba Bush, para entenderse con otros gobiernos y será mucho más abierto, puesto que ya ha dicho que no tiene problemas en reunirse con el presidente de Irán, o con otros líderes. Igualmente, se inclinará por la cooperación y el multilateralismo, pero por el multi-multilateralismo, no solamente dentro del esquema de las Naciones Unidas, que también es muy criticado.

Respecto de Chile, a nosotros lo que más nos interesa –lo ha dicho muy bien el profesor Ramos aquí– es que se normalice la economía, porque Estados Unidos es nuestro mercado natural, especialmente el mercado financiero y su suerte repercute en la economía mundial. Nosotros podemos sortear esta primera parte de la crisis económica mundial gastando los ahorros que tenemos, pero para que funcione el sistema bancario, para que funcione la economía de Chile, necesitamos mercados internacionales normales, tantos financieros como de bienes y otros servicios. Sin esa normalización, que es urgente, la crisis empezará a sentirse en forma muy severa en el país.

Se ha dicho también que hay temor al proteccionismo, que Obama no tiene gran simpatía por los acuerdos de libre comercio. A mí lo que más me preocupa es el surgimiento de proteccionismo, tanto comercial como ambiental. Aparte de su promesa de ofrecer a los norteamericanos un sistema de salud universal para los de menores ingresos, en su campaña Obama hizo mucho hincapié en el ambientalismo y en las emisiones de carbono y eso nos puede afectar. Primero, en cuanto a nuestras exportaciones: podrían imponérseles

impuestos y barreras arancelarias debido a que se producen con energía que provoca un aumento de las emisiones de carbono y de otros gases con efecto invernadero. Nuestro futuro desarrollo energético se basa fundamentalmente en el carbón, en especial el sistema interconectado del Norte Grande, donde el gas que importábamos desde Argentina, cortado por los dos Kirchner, ha sido substituido por diesel y luego por carbón, que es más barato. Si efectivamente se avanza en lo que respecta a impuestos sobre las emisiones de carbono, perderemos competitividad, a menos que descubramos gas y petróleo o desarrollemos grandes proyectos hidroeléctricos. He dejado de lado la generación nuclear porque tarda más de una década y las fuentes no convencionales y renovables, debido a que son extraordinariamente onerosas. En segundo lugar, las eventuales presiones ambientalistas norteamericanas podrían alterar nuestra estrategia en materia de seguridad energética. Hasta ahora los Estados Unidos no han intervenido en contra de nuestro desarrollo hidroeléctrico, en particular las represas del proyecto Hidroaysén, que nos permitirían reducir la dependencia de combustibles importados y utilizar una energía soberana, limpia y renovable. Pero sabemos que hay ambientalistas que han aumentado su influencia en el nuevo gobierno estadounidense y son contrarios a tales represas.

A mi juicio, este es un punto preocupante, junto con el proteccionismo comercial que todos dicen rechazar pero que llegado el momento aplican y que necesariamente ha de venir si en los Estados Unidos aumenta la restricción económica. En días pasados se reunieron los gobiernos de los países integrantes del G-8 y del G-20, las principales economías, y se comprometieron a no aplicar ninguna medida proteccionista, pero al día siguiente Rusia se olvidó de su compromiso y aumentó sus aranceles en forma muy significativa. Y lo mismo han comenzado a hacer otros países.

Es difícil predecir cómo será el gobierno de Obama. Desde luego, porque no todos los políticos cumplen necesariamente sus promesas, ya sea porque encuentran más resistencia de lo previsto o porque sus medios de cumplirlas son limitados. En este caso hay una limitación muy importante, que son los recursos de que se dispone, tanto por el enorme déficit fiscal que ha heredado como por la expansión monetaria que requiere

la normalización del sistema de pagos, bancario y financiero estadounidense. No puedo creer que los sucesivos paquetes de rescate y refinanciamiento por centenares de miles de millones de dólares no vayan a tener ninguna consecuencia inflacionaria y presupuestaria y, además, que puedan repetirse varias veces. Mi impresión es que Obama enfrentará restricciones de dinero para su política, tanto interna como exterior.

Otro punto interesante es dilucidar si Obama hará o no una gran reforma económica, más allá de establecer mayores regulaciones. Si uno observa los colaboradores que ha elegido comprueba que en su mayoría son ortodoxos y muchos pertenecen al entorno del presidente Clinton. Es complicado que la fuerte personalidad de algunos de ellos dé lugar a una competencia que pueda hacerle difícil gobernar e incluso deshacerse de ellos en caso de conflicto, como podría ser el caso de Hillary Clinton, si no le da resultados o no responde a sus políticas.

Obama es un líder joven, de limitada trayectoria y que ha tenido la humildad y sabiduría de rodearse de gente de mayor experiencia para ejercer la presidencia. En todo caso habrá diferencias significativas respecto de la administración Bush. Será pragmático en su gestión y en aspectos valóricos y educacionales tendrán menos influencia los sectores religiosos. Pienso que va a afirmarse mucho más en el respeto del derecho internacional y de los derechos humanos y tratará de evitar recurrir al unilateralismo. Probablemente buscará una fórmula para incorporarse a la Corte Penal Internacional.

En América Latina es posible que veamos un cambio respecto de Cuba. Tal vez flexibilice el embargo comercial y en vez de autorizar a los ciudadanos norteamericanos para enviar remesas de hasta mil doscientos dólares al año a sus parientes cubanos, se les permita enviar la suma que deseen y puedan viajar a Cuba cuando quieran y no solo una vez al año y únicamente para visitar parientes. Estos cambios deberían contribuir a desmotivar el antiamericanismo en la isla. Pero insisto, no habrá grandes programas de cooperación, tal vez un mucho mejor entendimiento con los presidentes latinoamericanos, aunque recordemos que el propio Bush no se enfrentó con Bolivia cuando le expulsaron al embajador, ni reaccionó a las provocaciones de Chávez.

Es probable que Obama trate de hacer algo en materia de inmigración, lo que no será fácil porque es un problema muy complicado y en especial en la actual crisis, aunque es decisivo para México, Centroamérica y el Caribe. Quizá se autoricen contratos de trabajo temporales y se regularice la situación de algunos inmigrantes ya radicados en Estados Unidos, pero difícilmente se abrirá la frontera para una inmigración no selectiva.

Podría ocurrir también que Obama siga la línea de Bush y la profundice, en el sentido de reconocer y descansar en el liderazgo natural de Brasil en América Latina. Ahora bien, esto nuevamente plantea una dificultad para los norteamericanos. Después de todo, fueron aliados muy estrechos de los brasileños, combatieron dos guerras juntos - la Segunda Guerra Mundial y Corea- y luego apartaron caminos durante los gobiernos militares brasileños debido a las intervenciones en la política interna de Brasil y al ambientalismo norteamericano respecto de la Amazonía. Salvo en materias ambientales, no veo que Obama pretenda entrometerse en los asuntos internos de Brasil y en este ámbito deberá ser muy cauteloso, porque Brasil es muy quisquilloso y sensible a la interferencia extranjera.

José Morandé

(Académico, Director del Instituto de Estudios Internacionales)

La verdad es que nunca me ha gustado jugar con los escenarios, es un tema muy frágil y arriesgado. Pero después de lo que hemos escuchado acá, me parece muy importante referirse a estos hilos conductores o líneas históricas de los Estados Unidos respecto de su trayectoria internacional, esto es, a las opciones tradicionales de un internacionalismo activo frente a un aislacionismo reactivo. Comparto en gran medida lo que se ha señalado en cuanto al aislacionismo en que se ha visto involucrado el país del Norte, que no es diferente del aplicado por la administración Bush respecto de la conducta antiterrorista y de su política hacia América Latina. Suele señalarse que en la estrategia hemisférica actual de Estados Unidos hemos sido olvidados. No sé hasta qué punto habría

que manifestarle al gobierno de Rusia, como se ha insinuado, que el diálogo con Estados Unidos no es posible por el hecho de no incorporar ni hablar mayormente de eventuales escenarios para el Presidente electo en nuestra región.

En cuanto al estilo, o lo que Obama representa en el espectro político estadounidense, me parece muy significativo, más allá de si pertenece o no al *mainstream norteamericano*. Ha sembrado muchas esperanzas de cambio y utilizó esta palabra como slogan en su campaña. Este cambio apuntaría a transformar significativamente lo que ha sido la política interna e internacional de Bush que, como bien sabemos, alcanzó niveles históricos de baja popularidad y apoyo ciudadano. Por eso se cifran muchas esperanzas en la gestión del nuevo presidente estadounidense y ello mueve a preguntarnos hasta qué punto va a poder cumplir con lo que ha prometido como candidato, y en qué medida podrá lograr una nueva relación de *partnership* «desde abajo» con América Latina. Como frase de discurso es atractiva, pero el problema es cómo se va a implementar esta nueva asociación propuesta y cuál será la reacción de los países de la región respecto de este panorama hemisférico que se vislumbra. Estoy de acuerdo con lo expresado en cuanto a la manera crítica en que tendemos a mirar a los Estados Unidos en América Latina y en que no nos fijamos mayormente en lo que nosotros hacemos en cuanto a un compromiso hemisférico y real con el desarrollo de la democracia en nuestro continente, particularmente en estos momentos de apertura al mundo. En otras palabras, cuán consecuentes hemos sido con dichos principios y con esos valores que supuestamente compartimos. Al revisar lo escrito en los años noventa, que ha sido identificada como la década optimista post guerra fría, la propuesta hemisférica de la administración norteamericana de la época, conocida como Iniciativa para las Américas, abría oportunidades y nuevas expectativas en la región. Las visiones más escépticas no reconocían mayor innovación y cambio respecto de las políticas tradicionales del país del Norte hacia Latinoamérica y otras lecturas menos pesimistas apostaban a que por lo menos constituía una propuesta para la región que no se apreciaba desde la Alianza para el Progreso. Sin lugar a dudas, en su momento la Iniciativa para las Américas fue una apuesta novedosa en el contexto histórico de la tradición de

la política exterior estadounidense en el continente. No solo planteaba la creación de una sociedad de libre comercio a nivel continental sino que constituía un llamado a comprometerse, a asumir y compartir valores con la democracia y el desarrollo de los derechos humanos. Esta década de la esperanza empezó a debilitarse hacia fines de la década de 1990, a partir de la crisis económica internacional conocida como la «crisis asiática», que tuvo gran repercusión en nuestro continente. Pasamos entonces de la certeza a la incertidumbre en un contexto de desligamiento hemisférico creciente de los Estados Unidos, situación que naturalmente se acentuó con el punto de inflexión que representaron los atentados terroristas del año 2001 en Nueva York, que cambiaron el escenario internacional desde todo punto de vista. Lo anterior no solo por la reacción unilateral y decidida del gobierno norteamericano en el plano global y regional, sino también por los efectos de su política antiterrorista en la sociedad civil internacional e interna. Obviamente, el tema del terrorismo se vivió intensamente en la sociedad estadounidense y en todas las políticas internas que se han aplicado en materia de seguridad nacional. Se creó una institucionalidad para abordar el problema de la amenaza del terrorismo y en las universidades estadounidenses se crearon programas académicos de postgrado sobre la materia.

Llegamos así casi a fines de la década actual, que continúa con rasgos de incertidumbre cuando nos encontramos nuevamente con una crisis económica. No sé si la actual coyuntura interna de los Estados Unidos abre un ciclo renovado en la relación hemisférica con algunas certezas, al menos respecto de cambios políticos que puedan ser significativos en el ámbito interamericano. Las nuevas oportunidades que representa el próximo gobierno de Obama dicen relación con un esfuerzo de normalización diplomática en la región, particularmente de un necesario entendimiento hemisférico y con perspectivas de que Estados Unidos ordene un poco el «barrio». Porque la verdad es que los actores díscolos de la región han sido bastante intrépidos, por decir lo menos. Esto, en cuanto a los planteamientos y conductas desafiantes que gobiernos como los de Venezuela, Ecuador, Bolivia y Nicaragua han llevado adelante respecto de las políticas y al rol internacional de la administración Bush. En un tiempo no muy lejano nadie

podría haber imaginado que Bolivia pudiese expulsar al Embajador de Estados Unidos y uno podría haberse preguntado en contextos hemisféricos previos qué consecuencias podría haber tenido para cualquier país latinoamericano una decisión de esa naturaleza. Más allá de las explicaciones sobre si el embajador norteamericano intervino o no en los asuntos internos de Bolivia, cabe preguntarse sobre el planteamiento inicial relativo al aislacionismo estadounidense, cuando el gobierno de esta potencia mundial y hemisférica ha permitido un exabrupto diplomático y político en países que históricamente han estado bajo su esfera de influencia. En consecuencia, hay elementos de reconstrucción del tejido diplomático que Obama tendrá que enfrentar. Al menos ya ha manifestado su voluntad de sentarse a dialogar con los representantes de gobiernos en discordia de la región. Por su parte, algunos líderes contestatarios como Hugo Chávez, fiel exponente del populismo «posmoderno» latinoamericano, se mantienen a la expectativa de los próximos pasos de la nueva administración estadounidense. Entonces, el cambio dependerá del éxito de las negociaciones y de las conversaciones entre las partes así como de la actitud que tengan los presidentes de estos países latinoamericanos, aspecto que no es menor si se piensa en los proyectos y propuestas políticas que han sometido a consideración de la voluntad popular en sus respectivas sociedades. Porque, y esto es otra paradoja, todo ello ocurre en nuestra región, donde algunos países intentan avanzar a la democracia, construyen y ensayan formas y procesos institucionales en función de los valores que esta representa, pero al mismo tiempo cuestionan las limitaciones y carácter excluyente de la democracia tradicional y formal. Por otra parte, en sus planteamientos sobre el desarrollo económico, los representantes de estos gobiernos son extraordinariamente críticos acerca de uno de los ejes centrales del sistema internacional de postguerra fría, esto es, la apertura y expansión de los mercados que sustentan las visiones liberales del presente. Llegan a expresarse en términos no solo ideológicos y panfletarios respecto del sistema económico internacional vigente, al que motejan de neoliberal, sino que identifican como líder de este neoliberalismo y hasta con rasgos demoníacos, al imperialismo estadounidense, en particular bajo el liderazgo del presidente

Bush. En cuanto a cómo puede vislumbrarse la situación de cambio en la relación hemisférica, mi impresión es que, al menos a corto plazo, no habrá mayores novedades más allá de lo adelantado previamente sobre esfuerzos de carácter diplomático con aquellos países en conflicto. Es muy probable que el futuro gobierno norteamericano dedique mucho tiempo y esfuerzo a reconstruir y reconstituir la economía nacional como una forma de superar la profunda crisis y la recesión económica. Asimismo, un tema importante para la nueva administración de Obama es el del medio ambiente, aunque también le preocupa el manejo fiscal, especialmente en tiempos de recesión económica, y este podría influir en el eventual aumento del desempleo, contraponiéndose así a una de las preocupaciones y postulados tradicionales de los demócratas norteamericanos, que es la protección del trabajo. De modo que a corto plazo, si es que pudiésemos reconocer alguna certeza frente a un posible cambio de estilo cuando Obama se siente a negociar con sus pares internacionales, creo que habrá mayor incertidumbre, al menos en el plano interno. Pero por ahora, eso no significa que puedan reconstruirse las relaciones políticas y económicas globales y regionales a nivel de Estados.